



CAPÍTULO IV.

UN POCO HORRIPILANTE; PERO POR
DESGRACIA VEROSIMIL

CUANDO la joven acabó de enterarse de lo terrible de su situación, no fueron bastantes ni las amenazas, ni la fuerza de los bandidos para calmar su desesperación; y muy pronto fué sujeta de nuevo á la mula, ya no con ligaduras que solo la seguridad exigiera, sinó de una manera brutal y como por vía de tormento y de castigo.

Los gritos de la joven fueron ahogados repentinamente con una mordaza.

En seguida los dos bandidos montaron á caballo, no para continuar su camino, sinó para emprender una formal disputa sobre quien de los dos debía quedarse con aquella prenda.

La disputa iba tomando un caracter alarmante, pues ninguno quería ceder los derechos que creía haber adquirido, ni aceptaban tampoco el partido de seguir siendo simples guardianes: los dos se disputaban la presa como dos perros hambrientos, y los malos instintos y la idea del crimen del uno reflejándose en el corazón del otro bandido habían engendrado ya uno de esos deseos brutales que solo la muerte podía sofocar.

Aquellos dos hombres colocados en el desfiladero de un monte, medio ocultos por la sombra de los arboles y heridos en parte por los rojos y oblícuos rayos del sol que se ponía, tenían el mismo aspecto que dos lobos que se disputaran en el desierto el cuerpo de una cierva herida.

Los dos bandidos habían empuñado ya

sus espadas y se habían separado á alguna distancia de la mula.

La pobre joven, á quien ya faltaban las fuerzas para resistir, no solo el tormento de sus ligaduras, sinó la horrible idea de lo que iba á sucederle, estaba á punto de desmayarse de nuevo.

Como el terreno era lo menos á propósito para una lucha á caballo, pues estaban sobre una pendiente pedregosa, los dos contendientes movían sus caballos procurando mejorar su posición, y unas veces devorándose con miradas de rabia, y otras lanzándose horribles imprecaciones se amenazaban incesantemente, excitando sus cabalgaduras que en sus continuos movimientos sacaban chispas de los pedernales que pisaban, y piafaban impacientes como si ellas también estuvieran deseando el fin de aquella escena.

El sol iba ocultándose, y la noche vendría, como viene en algunas profundidades, casi sin crepúsculo.

Esta proximidad de las tinieblas impri-

mía á aquella escena más terror que si hubiera empezado en plena noche; pues no sabemos qué había de siniestro en el acabamiento de la luz, en la difusión de las sombras y en el vuelo de algunas de esas aves salvajes que van á guarecerse con una triste precipitación y como aprovechando los últimos instantes de luz.

Ninguno de los dos bandidos osaba ser el primero en el ataque, pues el terreno era más propio para la defensa que para el asalto, y del primer golpe dependía, indudablemente, el éxito del combate.

El sol despedía ya solo algunos rojos resplandores sobre la copa de algunos árboles, y cada matorral, ennegreciéndose, juntaba su silueta con otra, como para ir fundiendo un fondo pavoroso; y los *tecolotes* de que estaba poblado aquel monte, abrían ya su sesión nocturna, saludándose con esas dos notas melancólicamente aflautadas y que suelen inspirar una tristeza tan profunda en las comarcas solitarias.

Por lo demás, la naturaleza se adormecía

lentamente con esa calma magestuosa de las soledades, con esa gravedad austera con que á veces se entrega al reposo de una noche que viene avanzando con la inexorable lentitud del cuadrante eterno.

Un momento más, y aquellos dos lobos humanos no se verían uno á otro sinó por el brillo fosforescente de sus ojos y por las chispas de los cascos de sus caballos; un momento más, y aquella joven se hundiría también en las profundidades misteriosas de un síncope.

Pero á esta sazón, y de una manera inusitada, un acontecimiento extraño vino á cambiar la faz de aquella escena.

Dos fuertes detonaciones prolongaron sus ecos en las concavidades de aquellas barrancas, como si un rayo acabara de caer entre los dos bandidos; y un relámpago amarillento alumbró instantáneamente aquel espacio; en seguida se oyeron gritos, y gran tropel de caballos que se precipitaban en medio de aquellas sinuosidades.

Los dos bandidos, olvidándose de su dis-

puta en vista de un nuevo y común peligro prendieron las espuelas á sus caballos y se lanzaron por la vereda, sin cuidarse del roncal de la mula, la que á la detonación de los dos tiros y al movimiento intempestivo de los caballos, se espantó y se lanzó á su vez sobre los matorrales con impetuosa precipitación; los primeros varejones que azotaron á la mula y las dificultades y tropiezos que la estorbaron el paso, exacerbaron al animal, en general sufrido, y recobrando sus instintos salvajes en medio de aquella naturaleza agreste y de aquella penumbra desesperante, se lanzó la mula saltando precipios, ágil y ligera como una gamuza; y como si no llevara sobre su lomo la preciosa carga, atravesaba breñales, recorría planicies, lanzaba con los cascotes piedras del camino que rodaban por las barrancas con estrépito. Bien pronto los raros ruidos que la mula producía en su carrera le infundieron nuevo terror y nuevo brío, y cada vez más ligera y como si ya no fueran obstáculos en su carrera ni las malezas,

ni las raíces, ni las piedras del monte, corría, corría al acaso desbocada como el caballo de Hipólito hasta encontrar un precipicio, un espacio sin piedras, sin arbustos y sin malezas, el aire, en fin, de una profundidad en cuyo seno no encontraría más que la muerte.

En cuanto á los bandidos, prácticos conocedores del terreno, habían logrado tomar la vereda más á propósito y sobre la cual podían caminar á todo el correr de sus caballos.....

Apenas había llegado á las poblaciones circunvecinas á la hacienda asaltada la noticia del desastre, así las autoridades locales como algunos vecinos acomodados, habían puesto en movimiento toda la gente de que pudieron disponer y en todas direcciones salieron partidas armadas en persecución de los bandidos.

Otros habían ocurrido á la misma hacienda cuyas trojes ardían ya elevando hasta las nubes una gran columna de humo negro, en que flotaban millones de chispas.

Allí estaban aún calientes los cadáveres del dueño de la hacienda, de una de sus dos hijas y de otras personas de la familia y de la servidumbre.

Los pocos recursos con que podían contar los vecinos para apagar el incendio, hubieran sido de más fatales consecuencias si la calma en que hemos pintado ya á la naturaleza en aquella tarde, no hubiese sido una circunstancia favorable que impidió los progresos del incendio, limitado definitivamente á las trojes.

Para uno de los espectadores de aquella escena, que es uno de nuestros personajes, aquella catástrofe traía recuerdos de muy distinto género, y de que el lector va á enterarse oyendo hablar al mismo interesado.

Serían las ocho de aquella misma noche que vamos describiendo y que tan fecunda fué para nuestra historia en escenas terribles, y en el mismo monte por donde hemos visto correr á los bandidos y á sus perseguidores, el respaldo de un gran crestón pre-

sentaba una concavidad capaz de ser, en caso necesario, una cómoda habitación ó una guarida contra la tempestad.

Aquella concavidad se llamaba entre los campesinos «la Cueva del Muerto» á consecuencia de haberse encontrado allí un esqueleto recientemente devorado por las aves de rapiña.

Dos ginetes estaban descansando en tierra y sus cabalgaduras atadas á una piedra. Solo la luz de las estrellas alumbraba aquella escena.

En voz muy baja, como si temiera ser escuchado por las peñas, uno de los dos personajes hablaba de este modo:

—En una tarde de Julio visité por primera vez la hacienda cuya casa acaba de quemarse: iba yo en compañía de mi compadre Gómez, de mis sobrinos y de muchas personas de Santa María.

En la hacienda había herradero; y ya sabe usted cuánto han alborotado siempre los herraderos, que tan espléndidamente sabía disponer el difunto D. Anselmo.

—¡Ah! ya me acuerdo, eran una verdadera fiesta que duraba hasta ocho días.

—Pues bien, llegamos esa tarde: los muchachos echaron algunas manganas, otros ginetearon; y todos, cual más cual menos, lucieron su habilidad en estos ejercicios.

En el centro del corral, ya recordará usted que se levantaba un verdadero palco para las familias, y muchas veces aquel tablado contenía ochenta ó más personas. Allí estaban las hijas de D. Anselmo y allí conocí á Gualupita; estaba hermosísima, era la más hermosa de las muchachas: confiésole á usted que me impresionó de una manera formal, al grado que no quise volverme esa noche á Santa María.

D. Anselmo era ostentoso y sabía gastar el dinero, y oiga usted, nos sirvió una mesa que no había qué pedir; la cena fué un verdadero banquete, algunos jóvenes dijeron versos y reinó la mayor alegría en la concurrencia.

Una música nos esperaba en la sala, y de cuadrilla en cuadrilla, el baile duró hasta

las dos de la mañana: por supuesto que el mescal de pechuga y el vino de Champagne no escasearon en toda la noche, y lo que es por mí solo diré á usted que se me fueron los piés y que estuve loco por Gualupita.

—Tres días duró todavía el herradero y todos ellos fueron de gratísimas impresiones para mí, y..... bastaron esos tres días para robustecer en mi alma la pasión más ardiente por Gualupita.

Después de una pausa en que aquel hombre pareció tomar aliento, continuó:

—De esto hace dos años ¡ay! y en estos dos años ¡cuántas amargas he sufrido, cuánta desesperación, y cuántas lágrimas de rabia han vertido mis ojos! Esa mujer no ha hecho más, con sus desdenes, que enardecer mi pasión, y mientras más he sufrido por ella, más y más la he querido, y más me he empeñado en poseerla; y á ese paso sus desdenes se han redoblado y he llegado á creer que me odia; pero más vale así, siquiera ya no me desprecia.

—Parece que se ha quejado, interrumpió

el personaje que había estado escuchando.

—Voy á ver, dijo el que había hablado, y andando á tientas penetró en la cueva.

Diremos quiénes eran, y por qué se encontraban allí aquellos hombres.

El que acababa de entrar á la cueva era don Pepe García, y el que esperaba era un vecino de los que se habían armado para perseguir á los bandidos y á quien D. Pepe García tuvo necesidad de contarle la historia que acabamos de referir, á fin de hacerlo su cómplice en la aventura de aquella noche.

La persona que se había quejado en el interior de la cueva era Gualupita, á quien hemos visto conducida en lomos de una mula y custodiada por los bandidos que huyeron á los primeros tiros de sus perseguidores.

D. Pepe García y el vecino, extraviados por una vereda en el monte, siguieron el ruido que iba produciendo la mula que conducía á Gualupita, creyendo ir en persecución de alguno de los bandidos, de manera que cada vez que sentían acercarse, dispa-

raban sus pistolas, hasta que la mula cansada, herida, y encabritada en unos breñales, no pudo seguir corriendo.

—Por acá, D. Pepe! le gritó su compañero; acá, pero no es nadie, era una mula cargada lo que perseguíamos.

D. Pepe se acercó, y al examinar la carga no podía dar crédito á sus ojos; era una mujer, más bien una señorita.

—Sí, exclamaba, ésta es una persona bien vestida; ¡ah! gritó, todos los cadáveres se han encontrado en la hacienda menos uno; ¿si será ella?

Y D. Pepe tocaba las heladas facciones de la joven, procurando reconocerla; se acercó hasta bañarla con su aliento y arrojó en seguida un grito espantoso.

—¡Ella! ¡es ella! y ya está en mi poder, pero muerta!

Desde este momento D. Pepe comenzó á desatar las ligaduras que sujetaban á aquel cuerpo inerte, cuya actitud sobre el aparejo de la mula, causó en D. Pepe la más horrible impresión.

Esto pasaba á algunos pasos de la «Cueva del Muerto.»

—¿Qué hacemos? preguntó el vecino.

Don Pepe no contestaba, entregado como lo estaba á un torrente de ideas que lo enajenaban completamente.

Su compañero le ayudaba en silencio á desatar á la jóven y á trasladarla á la cueva.

—Puede ser, dijo el vecino después que hubieron depositado en tierra su preciosa carga; puede ser que esta joven no esté muerta, no me ha parecido que está muy fría, y sobre todo hay cierta flexibilidad en sus miembros.

—Yo la he sentido helada, y aún vacilando lo mismo que usted he tomado su pulso..... y..... no late ya.....

—Pero el corazón? ¿no ha escuchado usted si late el corazón?

—Que si late? repitió D. Pepe sintiendo estraviarse sus ideas; ¿que si..... late?.....

Y se volvió á quedar callado, lanzando una especie de ronquido estertoroso con su respiración.

—D. Pepe ¿se siente usted mal?

D. Pepe no contestó, estaba llorando.

El vecino, que todavía no estaba en antecedentes, empezó á comprender que allí debía existir una historia terrible, pues don Pepe estaba profundamente conmovido, al grado de hacerse peligroso su estado.

Tanto hizo el vecino por consolar á don Pepe y tanto insistió en que volvieran á reconocer el cadáver, que D. Pepe, más bien por volver á verlo que porque abrigara ninguna esperanza, se inclinó sobre el pecho de la muerta, puso allí la mano y nada sintió; después puso el oído y creyó oír un solo golpe, pero los latidos de su propio corazón le impedían cerciorarse de si aquel otro corazón por el que tanto había sufrido, vivía aún.

—No siento nada, no puedo oír; dijo don Pepe entregándose de nuevo á la desesperación.

Entonces el vecino lo substituyó, y después de un largo rato, dijo en voz baja:

—¿D. Pepe?

—¿Qué hay? ¿qué hay?

—Creo que hay algo.

—¿Vive? ¿vive?

—En todo caso cálmese usted y obremos con prudencia.

—¡A ver! ¡a ver! ¿está usted cierto?

—Me parece....

—Vuelva usted á escuchar, amigo mío, y vuélvanos usted la vida á los dos.... porque.... yo adoro á esta mujer.

—¡Silencio! dijo el vecino.

Y se puso de nuevo á escuchar.

—Sí, sí, hay algo, palpita aún el corazón, aunque con grandes pausas.

—¡Ah ¡vive! ¡vive! exclamó don Pepe tomando en sus pulmones la mayor cantidad de aire que podían contener; ¡vive! repetía ¡vive!.... y ésta era la única palabra que se le oía pronunciar.

—Es preciso hacer algo, don Pepe.

—¿Pero qué hacemos?

—Un médico tardaría un día en llegar aquí, y es necesario no perder tiempo.

—¡Calor! exclamó don Pepe, le daremos calor!

Y aquellos dos hombres improvisaron un lecho con hojas secas y con toda la ropa de que pudieron disponer, y después encendieron algunas varas secas para proporcionarse alguna luz, y algún calor para la enferma.

El vecino creyó conveniente que don Pepe no se diera á conocer; de manera que solo él veló junto á Gualupita, quien al cabo de algún tiempo dió más señales de vida, aunque ni remotamente de conocimiento.

En uno de estos intervalos fué cuando don Pepe contó á su compañero la historia de sus amores.

